

Renan. ¿Qué cosa es para ellos causa final? Una quimera de los metafísicos: ¿Qué cosa es Providencia? Una quimera de los metafísicos: ¿Qué cosa es virtud? Una quimera de los metafísicos y de los teólogos: ¿Qué es la teología? Vano pasto de los espíritus débiles, como llamó á las Matemáticas un ilustre orador francés. ¿Qué son la misericordia y la justicia divinas? Fantasmas que creó el temor, como diría, si resucitara, Lucrecio Caro. A semejantes aberraciones ha llegado esta filosofía, por haber dado de mano á la idea religiosa: ha retrocedido veinte siglos por haber visto con malos ojos á la religión. Mientras la filosofía griega iba haciendo á

un lado la absurda teología y las tradiciones necias, medraba; mientras la filosofía moderna se aleja de la religión, mengua y se obscurece: aquella huía de las sombras: ésta huye de la luz más apocible: de aquí que unos hayan progresado y otros anden tan desorientados: de aquí que la moral alcanzara entre aquellos, por sólo las humanas fuerzas la relativa perfección que la dieron Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y entre éstos sea un

catálogo de asquerosos principios que subvierten todo orden y todo lo enseñan, menos el modo de cohibir las pasiones.

Si echamos una ojeada sobre la literatura que ha creado, si es que

*Antonio*

ojos cristianos toleran semejante espectáculo, percibiremos el mismo naturalismo (y más crudo quizá) que inspiró los asquerosos romances de Aquiles Tatio, Heliodoro, Xenofonte y Apolonio de Tiro. Si buscamos la certidumbre, la perspicuidad y evidencia de los principios y la ley de *necesidad* que tan imperiosamente exige la razón, no la hallaremos en sus puertas: ni la pobre inducción, ni la pobre experiencia han vislumbrado siquiera sus vestigios. Nada hallaremos en sus recintos que no sea incertidumbre, tinieblas, duda, negación: allí no habita el genio de esa filosofía blanda y severa al tiempo mismo, que inspiró á Boecio sus consola-

ciones, á San Agustín sus confesiones, á Sabunde sus consideraciones aquietadoras: ni la esperanza, ni el consuelo, ni el reposo, ni el amor purificador y pacífico, habitan entre aquellas espinas, pues sólo gustan de posar entre flores. El pobre mortal que se condena á vivir en ese desierto, en ese yermo solitario, es víctima de las más furiosas pasiones y del más espantoso é insoportable de los tiranos, del yo; su corazón es morada de infinita ambición, tedio y odio, un hervidero de deseos lujuriosos, de ira y de impiedad.

Todos vosotros, estoy seguro, habéis leído á Pascal, espíritu extraordinario, brillante; de mirar me-

lancólico como Empédocles y Platón, y sabéis que las sombras de esa alma solitaria, alejada de todo mundanal tumulto, y las luchas de ese corazón recio y firmísimo, dejaron fielmente impresos sus vestigios en cada una de las palabras de sus pensamientos: Yo quiero mostraros una de esas sombras que es verdadera imagen del filósofo moderno; es esta: *no puede haber mayor quimera que el hombre*. Es quimera, porque ama, (usaré una frase de Donoso Cortés) el absurdo, como una madre al hijo de sus entrañas porque persigue lo imposible con ansiedad y locura, porque marcha por la superficie de la tierra, como Caín, en pos de consuelo y en bus-

ca de un rincón á donde no llegue á herirle la mano del cielo; porque, errante siempre, corre sin poder calmar la agitación de su pobre corazón. Quisiera esta pobre quimera (ya lo ha intentado, aunque vanamente) destrozarse las invulnerables leyes de la inteligencia, para no sentir el peso de ese absurdo, que tanto ama; las leyes del corazón para apagar esas aspiraciones infinitas que son su más atroz tormento: quisiera apagar esos instintos que lo enaltecen y esos pensamientos que, de cuando en cuando, le muestran las miserias de esta vida por que tanto delira. Busca la verdad con la misma timidez, á pesar de su orgullo incomprensible, con que

la buscaba Thales de Mileto, duda, con la misma duda de Pirro y de Carneades: de nada le sirven 44 siglos de labores filosóficas. Si pregunta á los astros por Dios, oye la voz maldita que oyó un matemático impío, cuando investigaba sus leyes: si lo busca inconscientemente en todas partes y á pesar suyo, no le halla, porque como San Agustín, no echa una mirada sobre el interior de su corazón. Quimera y no más que quimera es el filósofo contemporáneo: piedra arrojada al acaso en la inmensidad del espacio; sombra en el vacío, impotencia saturada de orgullo, nuncio de la mentira, rápsoda de Satanás.

Al tiempo mismo que esta plan-

ta venenosa extiende sus abundantes hojas, crece la renaciente filosofía tomista y, por fortuna, dilata sus dominios. Ella sola contiene ahora la ola que tendía y tiende aun á rebasar todo límite; ella ha contestado una por una á todas las atrevidas preguntas de la insolente ciencia moderna. Entendimientos robustos la comentan y explanan, jóvenes animosos y bien dispuestos la estudian con tesón: El sabio Pontífice reinante, los Obispos, los sabios católicos y hasta los más humildes fieles la difunden por doquiera y la muestran como el único remedio á tanto mal y á tanto desconcierto intelectual. Convirtamos á ella nuestros ojos:

sea Santo Tomás la estrella que nos guíe en los revueltos mares; la luz de su doctrina fresca y sin mancilla, sea la única que vean nuestros ojos. Ella aguzará nuestros entendimientos, calmará las amarguras de nuestra alma sedienta y ávida de saber, y templará nuestro ánimo. No despreciemos este tesoro de arcana sabiduría, que existe en nuestras bibliotecas encerrado como precioso metal en ricas minas.

Pensemos que es el único sistema que permanece íntegro en su substancia y el único que á pesar de ser el blanco de los tiros de todos los partidos manifiesta la misma riqueza de vida y la misma

claridad y hermosura de las prístinas edades en que reinaba por doquiera.

No quedan de los viejos sistemas que tan rudamente impugnaron el tomismo, el peripateticismo vulgar y el peripateticismo clásico del Renacimiento, sino los daños que causaron, el espíritu libérrimo, el apetito de continua novedad y el horror de lo viejo. Tales sistemas han sufrido radicales transformaciones y apenas uno que otro vestigio se percibe de su prístina forma. Quién hace caso ahora del psicologismo cartesiano, quién sino uno que otro erudito, dado al estudio de la filosofía crítica, lee el *Discurso del Método y las Me-*

*ditaciones Metafísicas? Apparent rari nantes in gurgite leibnitzi-ano* que paran su atención en la ingeniosa teoría monadológica cuyos primeros atisbos se perciben en Plotino; ó en los capítulos del *Nuevo Ensayo sobre el entendimiento humano*, verdadero semillero de amplias hipótesis, fuente que fecunda las mentes más estériles que allí beben, ó en los diálogos sobre la palabra y su significación. Toda la doctrina de este grande hombre, virgen existe en sus libros, pues la teoría monadológica apenas dilucidada y ampliada por Wolf, fué víctima de las impugnaciones ardientes de filósofos de por menor y de unos cuantos disparos del

matemático Eulero: el ocasionalismo antiguo ya confutado por S. Tomás y los escolásticos, resucitado y ataviado en su armónica y conciliadora hipótesis de la armonía preestablecida, murió con Malebranche: sólo quedan, en fin, la concepción metafísica del cálculo infinitesimal (y eso que muchos la impugnan acerbamente) y la teoría dinámica de que tanto han abusado los modernos secuaces de la filosofía corpuscular, principalmente Heriberto Spencer; Kant ingenio incomparable en quien la originalidad y la virtud intuitiva rebosan, el transformador de la filosofía, el que armado de todas armas dió el grito de rebelión y cor-

rió airoso á la batalla que no tiene precedente en la historia filosófica, anduvo con menos suerte que Leibnitz. Acabada su admirable construcción, fué demolida y el material disperso sirvió para edificación de otras escuelas, y así una obra, que intentaba no sólo esclarecer, sino resolver arduos problemas y aniquilar á ejemplo de Hume y Bacón la metafísica antigua, no ha tenido sino el triste fin de nutrir organismos disímiles y armar al idealismo, al escepticismo, al positivismo y al criticismo filosófico menguado y baldío de nuestros días. La doctrina de Kant ha perdido su integridad de sistema, y sus mismos discípulos son los

primeros que lo demuestran. Fichte, como dice Kuno, Fischer en los *Orígenes de la Filosofía Crítica*, declaró que las doctrinas de Kant eran doctrinas baladíes y reformó su teoría idealista. Hegel, cuya Lógica arranca inmediatamente de Kant y sin cuyo precedente no hubiera hecho el proceso de la idea, anonada la obra de Kant diciendo: "Su doctrina, como la empírica de nuestros días, se detiene en el fenómeno y no llega á la realidad." (Lógica.) Admiramos ahora al asombroso analítico, pero vemos con temor el venenoso escepticismo que destilan sus obras, y con evidencia percibimos que sus inextricables principios, confundidos

en quiméricos y opuestos sistemas, no sirvieron para el fin que el filósofo concibió. Fichte y Schelling fueron derribados por el poderoso ingenio de Hegel: Hegel perece en el océano pantéístico-positivista de Renan y de Vacherot. Cierto es que viven frescos y lozanos el racionalismo apuntado sistemáticamente en el libro del Método, el dinamismo leibnitziano retocado y patrocinado por ingenios como Spencer; el espíritu desdenoso y antimetafísico de Hume y Bacón, las dudas y vacilaciones que brotan de la crítica de la razón pura, y el panteísmo de Spinoza en las multiformes ideas de Fichte, Schelling, y Hegel, Krause, Mi-

chelet, etc.; pero no son más que los vestigios de las primeras revoluciones del pensamiento los reflejos de sistemas harto complicados y si se quiere ingeniosos; mas no puede menos de confesar el filósofo imparcial, que los sistemas, como tales, han caído en descrédito y en olvido. Es cierto asimismo que las doctrinas sensualistas del pasado siglo, como he demostrado en mis artículos sobre *La Moral Independiente*, subsisten hasta aquí, pero no tienen sér propio y viven milagrosamente asimiladas en el uerpo positivista: caería en ridículo el que se declarara partidario decidido, de todas las doctrinas de Locke, ó de Helvecio, ó de Condi-



llac. Solo la doctrina de Sto. Tomás es inalterable y permanece íntegra desde el siglo XIII hasta nuestros días, y mientras las reliquias de los sistemas antitomistas se cobijan en el árbol de la secta enemiga, para vivir aunque sea con agena vida, este sistema monumental é imperecedero, se alimenta con principios propios, y resiste su recia naturaleza á las perniciosas influencias de todos los temperamentos filosóficos. La filosofía discordante, á pesar de su orgullo fascinador y de sus atrevidas tentativas, ha dejado intactos los problemas que el tomismo dilucida, y á la postre despechada y aturdida por la impotencia, ha acabado por negarlos.

De aquí la soñada destrucción del mundo ideal y el precoz crecimiento del mundo de la materia, donde las mentes, que no pueden volar, pervagan en espantoso desórden. Aunque la filosofía de Santo Tomás ha introducido nuevas cuestiones á su campo de investigación, movida sin duda por la filosofía extraña, explícalas con criterio propio y no ha recurrido sino á sus propias fuentes para aquilatar, apreciar y tasar el valor de los sistemas kantiano, hegeliano y positivista, en todas sus manifestaciones y alcances. Por sí misma y sin subsidio ageno, ha mostrado los absurdos que emanan de los juicios sintéticos, del filósofo Koe-

nisgberg, de sus nociones, de sus categorías, de sus conceptos subjetivos del espacio y del tiempo; las consecuencias de la crítica de la razón pura y las inconsecuencias de la razón pura práctica y de la metafísica de las costumbres. Asimismo batalló y batalla contra Hegel y pone de relieve lo absurdo de ese proceso en que la idea es primeramente *ella misma*, después su contraria, y al fin, por una mágica reversión que destruye la contradicción, torna á ser *ella misma*; la identidad de las determinaciones de la realidad, etc., etc., alma del sistema hegeliano. Avergüenza al positivismo, diciéndole antes que Hegel, que su huir de la Me-

tafísica es llegarse amorosamente á ella, y que mientras ve con desdén las nociones abstractas de esta ciencia altísima, movido por las leyes inviolables del pensamiento, admite ciertas categorías y nociones abstractas que están fuera de los sentidos, como son los conceptos trascendentales de ley, condición, fenómeno, antecedente, consiguiente y necesidad, la cual, á más de ser eminentemente abstracta, no viene de la experiencia que, como dice muy bien Kant en su "Estética trascendental," no ha presentado la totalidad de los hechos.

Pero lo que más hay que admirar en el sistema de Santo Tomás

no es la integridad, ni la penetración armónica de las partes, ni la pureza demostrativa, sino la virtualidad riquísima de sus principios y el punto de mira: por esto su vida exuberante se agita entre el idealismo hegeliano y el positivismo spenceriano, verdaderos polos del mundo del pensamiento, y hermana en cuanto lo consiente una facultad á la cual no es dado traspasar sus límites, el mundo ideal y el mundo real, deslinda los linajes del entendimiento y de experiencia y resuelve problemas que ahora investigan los modernos vanamente, ignorantes de su solución. Mientras los fisiólogos de nuestros días, acaudillados por

Claudio Bernard, buscan las condiciones del fenómeno y desdeñan lo que nosotros llamamos causa formal y eficiente, y no se dan cuenta filosófica de la naturaleza abstracta del hecho y vagan en la superficie de la verdadera ciencia, sin ilustrar el caos; los filósofos tomistas satisfacen á la escudriñadora mente que busca siempre y por siempre, á pesar de estar ahora coartada por unos cuantos positivistas, algo suprasensible. Entendemos que, si bien las condiciones *determinan* (como ellos dicen) el fenómeno, la razón de este determinismo es el número copioso de principios dinámicos que obran, como verdaderas causas del

fenómeno y por lo que respecta al principio vital que niegan, entendemos que determinan el fenómeno de la vida y del movimiento intrínseco del sér, ciertas condiciones, pero buscamos su principio y causa mediata en la forma substancial del viviente. La cuestión de la materia y la forma que da tanto que reír á los modernos, ya en los tiempos mismos de Santo Tomás prevenía las objeciones de la química moderna, preestableciendo la existencia virtual de los elementos en el compuesto químico y su reversión espontánea por medio de los agentes, al sér formal primitivo. Contra esta portentosa doctrina se estrellan las presunciones

del análisis espectroscópico y las afirmaciones gratuitas de los que niegan la unidad substancial del mixto, porque no atienden sino á lo meramente extrínseco de él.

Si el filósofo tomista se introduce allí, donde á todos abrumba el peso de las cuestiones morales, halla bien pronto la clave para resolver las más especiosas y graves dificultades y esparce con sus principios luz viva en ese edificio cuyos cimientos están rodeados de tinieblas. Y así, mientras el moralista kantiano, que es, á mi entender, el menos desatinado de los moralistas independientes, busca vanamente el fundamento del deber, y siente grande pena al ver

que una doctrina simétrica, avasalladora, obra de un genio sutil y escudriñador de toda verdad, se desploma porque en vano los principios que la sustentan, luchan por asirse á algo incondicional y absoluto, cuya existencia se negó magistralmente en la Crítica de la razón pura, el filósofo tomista busca un principio vastísimo donde edificar la obra moral; hállalo en la ley natural directiva de los actos humanos, reflejo de la ley eterna, buena absolutamente, inmutable, y entiende de súbito que el amor innato y necesario del bien y la tendencia al optimismo, es el natural deseo de allegarnos al ejemplar eterno del bien, no sólo para

que la voluntad sea buena *en sí*, como quiere el esforzado remozador del estoicismo de Séneca, sino para que los actos, ó más bien la ley natural en el orden práctico, sea lo que la ley eterna es en el suyo: una ley adecuada á un congruo fin. Mucho me extendiera, pues no es poco lo que queda por decir, si me propusiera exponer las bases del sistema de Santo Tomás; basta lo dicho, para que los estudiosos filósofos piensen seriamente, si no lo han hecho hasta aquí, en los principios de la filosofía de Santo Tomás, y tengan presente: 1º que el sistema tomístico, si permanece estacionario, como algunos maliciosamente afirman, es porque

el objeto de sus disquisiciones, por lo que respecta á la intensidad de la idea, está en cierto modo agotado; 2º que los sistemas á él extraños han corrido la misma suerte que las heregías, en tanto que el tomismo permanece íntegro é inviolable como la Iglesia de Cristo; 3º que todos los sistemas antitomísticos (se entiende que no me refiero al scotismo y al suarismo), son incapaces, no sólo para mantener su autonomía é inmunidad, sino para resistir, como el tomismo, á los ataques de los sistemas contrarios.

Habemos á la mano los periódicos católicos algunos de ellos, fundados con sacrificios heroicos, para

que en sus columnas se estampen nuestras disquisiciones. Sólo por su medio, entendedlo, lograremos asentar él tomismo aquí y acabar con el pernicioso positivismo. Y no pongais á esto, como ciertos espíritus vulgares suelen hacerlo, consideraciones que no respiran sino tibieza, exiguu aliento católico y poco celo por la gloria de Dios; no digais que la prensa católica es aquí cosa de poco fuste ó ineptapara dilucidar cuestiones de alta monta y profundas; pensad por el contrario y no errareis, que la prensa influye grandemente y más de lo que parece en la opinión, que endereza la conciencia pública, modifica los sentimientos, disipa y frustra las